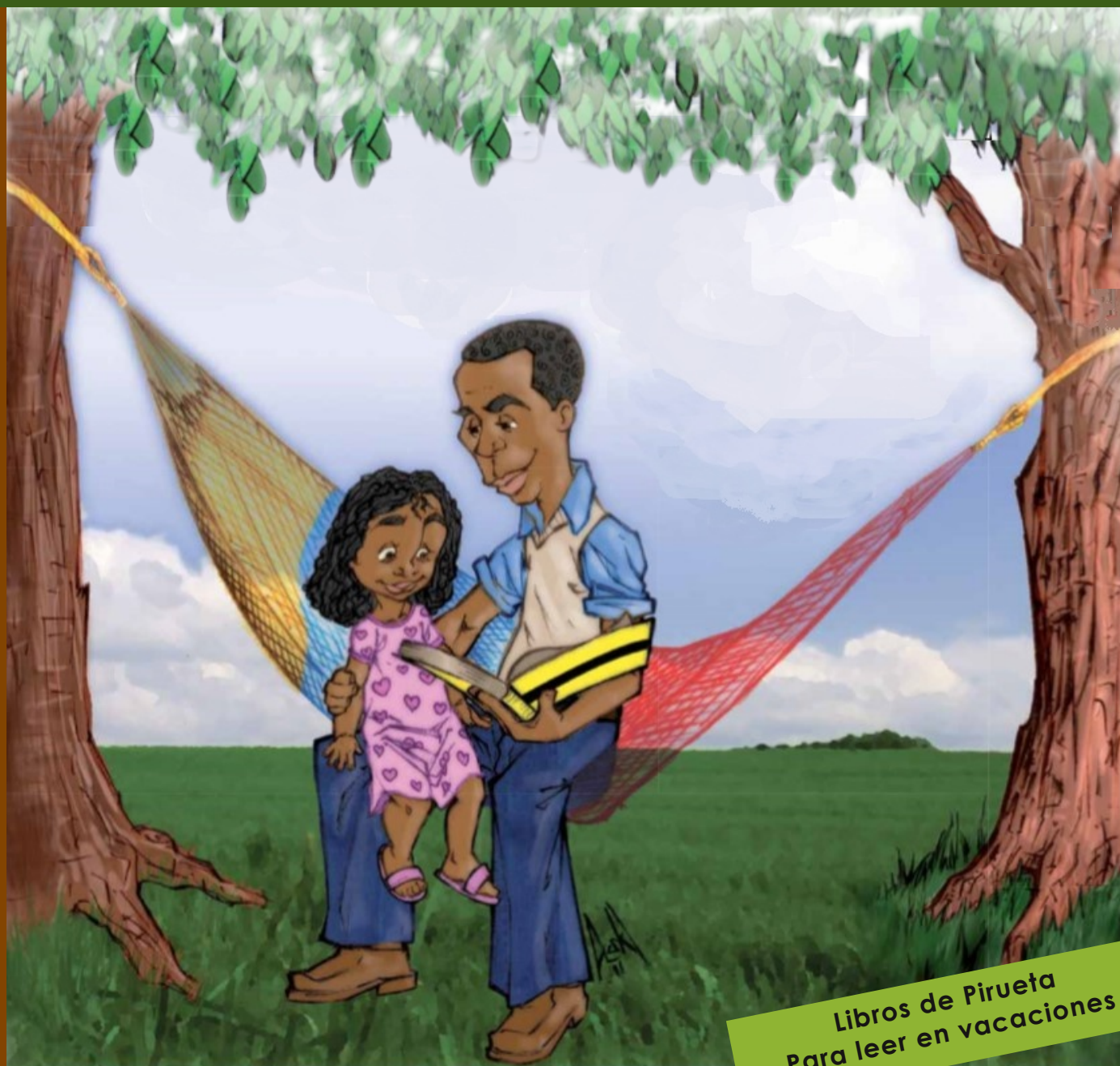


Mi papá me cuenta un cuento de animales Aquiles Nazoa



Libros de Pirueta
Para leer en vacaciones

Mi papá me cuenta un cuento de animales

Cuento popular
Adaptación de Aquiles Nazoa

Ilustraciones / Alesky Aguilar

En dos solares vecinos y separados por una pobre empalizada que les permitía hablarse todos los días, vivía de un lado un perro y del otro un chivo. El chivo se la pasaba suelto triscando en el corral; pero el perro como era bravo lo tenían encadenado.

Como el perro quería escaparse, se la pasaba hablándole al chivo de las cosas fabulosas que había fuera de sus corrales y lo sabroso que sería salir a recorrer el mundo. Para tentarlo, le decía que qué sabrosos deben estar ahorita esos

montes verdecitos
cubiertos por todas
partes de cogollos
tiernos y esas chivotas
blancas
comiéndoselos para
ponerse bien buenas
mozas; que si qué
bonitos se ven desde
aquí aquellos cerros

que deben tener esa tierra coloradita de bachacos.

El chivo escuchaba aquello y se le ponían esos ojotes enormes, sobre todo cuando le hablaba de las chivas y los bachacos, que son las dos cosas que más le gustan a un chivo en este mundo.

El perro lo sabía, y después de que le adornaba, hasta hacerle agua la boca, las pinturas de la vida que los dos llevarían por esos mundos si fueran libres, lo tentaba a tirar la parada diciéndole:





–Lo único que usted tiene que hacer es soltarme a mí cortando la correa con los dientes y acompañarme.

Pero el chivo era muy cobarde y siempre se oponía a los planes del perro.

Todos los días el perro le dedicaba la misma cantaleta, y aunque se le salían los ojos de las ganas que le daban, siempre le contestaba:

–Uhm, mire vale perro, todo eso que usted me cuenta es muy bonito, pero a mí me da mucho miedo salir. Por ahí hay mucho animal malintencionado. A lo que el perro, que era muy bravucón, lanzaba tres gruñidos bien fuertes y le retrucaba con esos dientes pelados:

–¡No hombre! No tenga miedo, vale chivo. ¿Usted cree que a mí me tienen esta cadena en el pescuezo por puro lujo? Es que hasta el amo me tiene el miedo hereje, y por eso me recogió desde chiquito.

Otros días, cuando el chivo se encontraba más distraído comiéndose un trapo o buscando en el suelo a ver si encontraba una cueva de bachacos, el perro, siempre con su idea en la cabeza, lo sorprendía a boca de jarro:

–¿Qué hubo vale chivo? ¿Se decide?

Y el chivo no contestaba enseguida, sino que se quedaba como si estuviera consultando con su conciencia, y después de mucho pensarlo le salía con lo mismo.

–No, vale perro; todavía no. Yo voy a pensarlo un poco más. Y pasaba un día y otro día, y pasaba el tiempo, y el perro seguía con su cuestión y el chivo no y no.



Hasta que, por fin, una tarde el perro parece que estaba más inspirado y logró convencer al chivo con sus historias y su labia.

–Bueno, vale chivo –le dijo entonces el perro al chivo–, ya que estás decidido... quítame esta cadena.

El chivo le quitó la cadena al perro y los dos se fueron a correr mundo. El perro iba escotero; no llevaba nada de bastimento; pero el chivo sí llevaba el hocico metido dentro de un morralito de maíz con las puntas amarradas de cacho a cacho. Ese es el “porsiacaso” de los chivos. Cuando se lo ponen parece que andan con una careta.

Camina que te camina, ya habían recorrido muchas leguas de sabana y la tarde estaba cayendo, cuando al desembocar en una

caja de monte divisaron en el suelo una cabeza de tigre toda llena de sangre. Ver el chivo aquella cabezota y ponerse a temblar de miedo, fue una. Y paticas pa' qué te tengo, se echó a correr por esa sabana, y el perro atrás trayéndolo por una oreja se puso a convencerlo:

–¡No sea zoquete, hombre! ¿No ve que esa bicha es de tigre muerto que ni cuerpo tiene?

El chivo no se mostraba muy convencido, pero así y todo el perro logró hacer que recogiera la cabeza y la metiera en el morralito junto al maíz, y hecho esto siguieron su camino.



–Usted va a ver que esa cabeza nos va a ser muy útil, compañero
–le dijo el perro.

Ya de nochecita estaban bien cansados cuando, sin darse cuenta, fueron a dar a la entrada de una cueva, donde una familia de como cinco tigres mariposos estaban comiéndose un burro que habían matado esa tarde.

Cuando los tigres vieron venir a los viajeros que se acercaban, se pusieron contentísimos y empezaron a decir con esa chocancia:

–¡Caray, miren lo que viene ahí! Pasen adelante, amigos; a buena hora llegan, porque no teníamos seco para hoy.

El chivo, al ver a los tigres y oír esa ronca, paralizado como estaba por el miedo, se quedó a prudente distancia. Pero al perro no se le enfrió el guarapo. Al contrario, sacó el pechito y se enfrentó muy fresco con los tigres.

–¿Quién es el jefe aquí, ah?

–¿Y a ti qué te importa cagoncito?

–No, yo para señalarle una cosa.

–¿Qué cosa?

–¿Ah, usted es? Bueno: ¿usted ve aquella cabezota que trae el chivo en el morral? Esa es la del tigre más chiquito que hemos matado hoy.

Y llamó al chivo.

El chivo sabía que si corría

estaba perdido y aunque casi no podía moverse con el temblor que tenía, se acercó al perro.



El perro sacó la cabezota de tigre del morral, y con una gran bravuconería la colocó en el suelo ante la admiración y el terror de los tigres, que ahí mismo se pusieron chiquiticos y no hallaban qué zalamerías y agasajos hacerles para que les perdonaran la vida.

Les sirvieron la mejor comida que tenían. Los viajeros comieron hasta más no poder, y el perro entre bocado y bocado soltaba los ladridos más ronccos que tenía en su repertorio, cosa que hacía que los tigres se les destiñeran las manchas de tan pálidos que se ponían.

Ya bien entrada la noche, el perro le preguntó a uno de los tigres:

–¿Y dónde duermen ustedes?



–Allá arriba, en aquella trojita
–le contestó humildemente el tigre.

–¿Y suben...?

–Por ese tronco que está ahí
–contestó el tigre más humilde todavía.

–Está bien –tronó el perro–.
Nosotros necesitamos la troja por esta noche. Ustedes dormirán abajo.

–Lo que usted mande
–contestaron todos los tigres.

Enseguida el perro subió a la troja por el tronco. Pero el chivo, al verse solo entre las fieras, le entró otra vez el miedo y empezó a temblar de nuevo.

Viéndolo con ese temblor, uno de los tigres dijo con burla:

–¡Guá! ¡Adiós carrizo! El maestro como que está temblando.

A lo que el perro contestó desde arriba:

–Ese tiembla de lo puro bravo que está. Modere ese carácter, vale chivo, y véngase a dormir.

El chivo había empezado a subir; pero qué va. ¿Usted cree que podía? Sea porque el temblor no lo dejaba, sea porque tenía las pezuñas muy afiladas, cada vez que trataba de afincarse en el palo se resbalaba.

–¡No haga tanto ejercicio y suba ligero! –le gritó el perro desde la troja. Animado por lo cual el chivo logró al fin subir.

–¡Concha! Con esa amoladita que les dio, le quedaron esas pezuñas como cuchillos. –le dijo el

perro-. Eso debe ser para equiparárselas con los cachos, porque esos cachos suyos cortan un pelo en el aire.

Los tigres escuchaban esto abajo y se quedaban calladitos, mirándose medrosamente unos a otros.

Al poco rato los tigres, que se habían acostado abajo, se durmieron y empezaron a roncar. Pero el chivo, nada que dejaba que el pobre perro cogiera el sueño.

-En buen berenjenal me metiste -le reclamaba- Yo estoy temblando de miedo...

-Pero, chico, no seas cobarde; duérmete y déjame, ¡carrizo!

Así estuvieron hasta media noche.

Por fin, el sueño venció al chivo; pero apenas acababa de quedarse dormido, cuando comenzó a soñar que millones de tigres con las bocotas abiertas, venían a comérselo.

Se despertó dando un berrido, y soltó un brinco que hizo que se desbandaran los palos de la troja, armando un gran escándalo y cayendo el pobre chivo de bruces al suelo en medio de los tigres. Con la misma se despertó también el perro, y dándose cuenta de lo que pasaba, rápidamente le gritó al chivo con un vozarrón:

-¡Así es, compañero! ¡Agarre usted al más grande, que yo me ocupo de los demás!

Y los tigres, tan sorprendentemente despertados, confundidos por lo que estaba pasando, al verse al chivo encima y oír la gritería del perro, dijeron: "¡La pistola, y paticas pa' qué te quiero!!" y salieron a la desbandada, para a la mañana siguiente amanecer contándose los unos a los otros que se habían salvado de milagro.

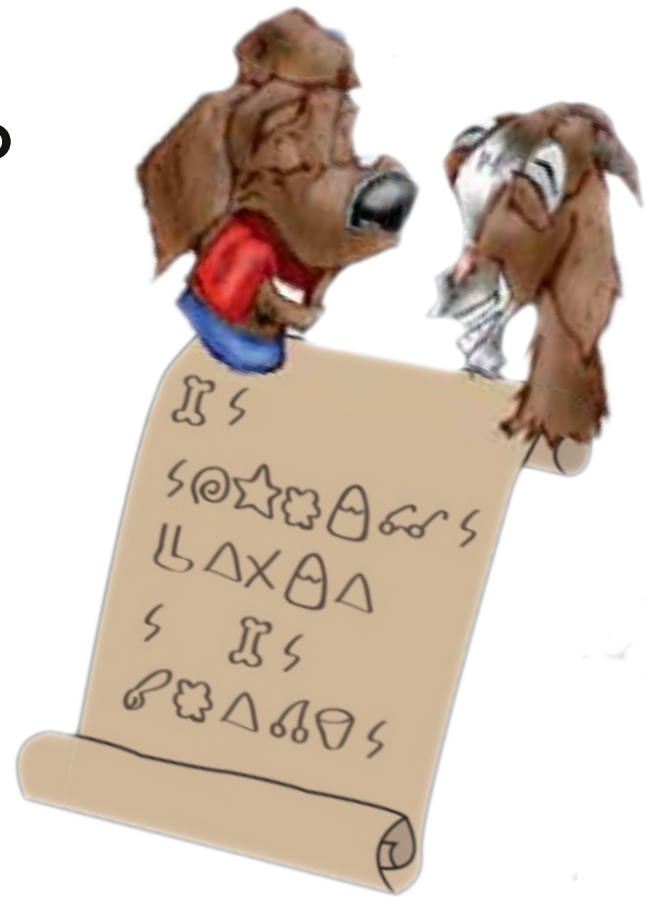
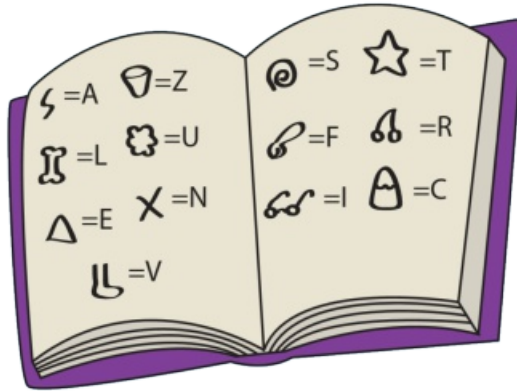
Mientras el perro y el chivo, ya lejos del lugar continuaban su camino muertos de risa.



El mensaje secreto

El perro y el chivo de nuestro cuento dejaron un mensaje secreto en un pergamino.

Lo escribieron en un código especial para que no lo descubrieran los tigres.



Descífralo con ayuda del libro de claves.